

CAPITULO XII

FUENTERRABIA - NAVARRA

- Relaciones de Fuenterrabia con Navarra.
- La Cooperación de los Navarros en la liberación de Fuenterrabia.

DOCUMENTOS CURIOSOS

RELACIONES DE FUENTERRABIA CON NAVARRA

EN EL SIGLO XIII  
=====

Extinguida la dinastia genuinamente navarra en la persona de Sancho el Fuerte, vino á ocupar el trono del antiguo y glorioso Reino Pirenáico la ilustre casa de Champaña. Fué el primer Rey de este esclarecido linaje don Teobaldo I, de quien podemos decir con el insigne analista Padre Moret, que era en la guerra principe de mucho esfuerzo y de mucha prudencia militar; en la paz alegre y festivo, muy afinionado á la música y á la poesia. De lo primero dió gallarda prueba con su participación gloriosa en la campaña de las Cruzadas, y en la sangrienta batalla(Tauro) del monte Tauro, en que lució su valor á par de los caballeros más heroicos. De lo segundo son demostración solemne las canciones que de él se conservan, dignas de figurar en puesto no inferior á las de los más afamados trovadores. En el Gobierno - escribe el P. Moret - fué pródigo y de pronto despacho. Hasta de la Agricultura no se extrañó é hizo traer de Champaña varias frutas, y entre ellas una casta de peras de mucho regalo que garibay dice se llamaban en su tiempo TIBAUTINAS; y que de Navarra hizo llevar otras frutas que alli faltaban. En otra cosa no menos importante quedó el Reino deudor á su providencia; y fué en el cuidado que tuvo de recoger instrumentos anteriores en el cartulario que de su nombre se llama de don Teobaldo, y que comenzó á trabajar en el año segundo y tercero de su reinado.

Tuvo diversas cuestiones con Castilla, que dieron lugar á estados de guerra. Es muy posible que el origen de estas cuestiones haya que buscarlo, no en la politica de los Monarcas puestos á la cabeza de uno y otro Reino, sino en las correrias á que se entregaban los súbditos de Fernando III que vivian en las fronteras de los de don Teobaldo. Por el año de 1245 habia tregua entre uno y otro pais, y bien lo patentiza un documento expedido por el Concejo de Fuenterrabia que se conserva en la Cámara de Comptos, y que es merecedor de que se le dé á las prensas para conocimiento de los estudiosos que á estas investigaciones se dedican:

Helo aqui:

"Nos el Preboste, los Jurados y todo el Concejo de Fuenterrabia, hacemos saber á cuantos estas letras vieren, que Nos á buena fe recibimos en nuestra comienda y en nuestra defensión por el tiempo que la tregua de los Reyes durare, á los hombres y las hembras y todas las cosas del Reino de Navarra quanto nuestro poder se extiende, ellos pagando en nuestra villa las costumbres que oagar se deben" etc.

A la muerte de Teobaldo I, le sucedió en el Trono de Navarra su hijo, llamado Teobaldo tambien como su padre. Entre el( llamado) segundo de los Teobaldos y Alfonso el Sabio que habia sido llamado a regir la Monarquia castellana, cuando pasó á mejor vida el glorioso San Fernando, se renovó el estado de guerra que anteriormente habia existido entreambos Reinos. Pero los males de la

lucha son tan evidentes que aún los más avanzados á ellos se sienten movidos por el anhelo de la paz; y así se ajustaron paces entre Castilla y Navarra en el año de 1256. Alfonso el Sabio prometió, como prenda de paz, no solo restituir los castillos de Aragón puestos en rehenes, sino ofrecer otros de Castilla situados en las fronteras del mismo Aragón y de Navarra. Manifestación de esos sentimientos de paz y de benevolencia fué el ofrecimiento referente á las villas de San Sebastian y Fuenterrabia que aparece en un pergamino que se conserva en la Cámara de los Comptos de Pamplona, y cuyo tenor literal es como sigue:

"In dei nomine. Conocida cosa sea á todos quantos esta carta vieren é oyeren cómo yo don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia é de Jaen. Doy en amor á mi amado pariente é amigo don Tibalt, por esa misma gracia Rey de Navarra de Champaña é de Bria Conde Palazin, las dos villa de San Sebastian y de Fuenterrabia con todas sus rentas de mar 'e tierra é esto le doy yo que tenga de mi en amor en toda su vida é otorgo é prometo que de un año adelante que meta este dono de suso dicho así como dicho es de suso en la carta de las conveniencias que son entre mi é el Rey de Navarra kuradas y sellada de mi sello. Y en testimonio y en confirmamiento de esto doy esta mi carta abierta al sobredicho Rey de Navarra, sellada de mi sello colgado. fecha la carta en Vitoria El Rey la mando primer dia de Enero era mil doscientos y noventa y cuatro(1) P. niz la hizo por mandado de don G. proto notario del Rey.

Ambos curiosos documentos los hemos transcripto conforme á la moderna ortografía, por hacer más inteligible su lectura. Los originales están extendidos en pergamino, con las abreviaturas propias de la época, y el segundo lleva pendiente el sello céreo, algo deteriorado, del Rey don Alfonso.

SERAPIO MUGICA.

-----  
(1) Corresponde al año 1256.

Euskalerriaren alde - 1917.

Por la transcripción - Florentino Portu

1638

LA COOPERACION DE LOS NAVARROS  
EN LA

LIBERACION DE FUENTERRABIA

Entre los muchos y brillantes episodios ocurridos en la secular guerra que sostenian Francia y España en la época de la Casa de Austria, descuella con ráfagas de heroísmo sin igual el sitio de Fuenterrabia (Año 1638)

Españoles y franceses peleaban en los Países Bajos, en Alsacia, en el Franco Condado, en Picardía, en el Luxemburgo, en Languedoc, en Italia..... Por mas aún era más extenso el teatro de la guerra, porque se peleaba en el Canal de la Mancha y en las extensas rutas entre Europa y América. Por verdadero milagro España pudo salvar su nacionalidad a pesar de tantos enemigos como surgian por todas partes para lograr su ruina.

Enemigos encarnizados de España eran los Borbones reinantes en Francia, pero aún era mayor la enemistad de Richelieu, ministro absoluto de Luis XIII, que durante toda su vida se consagró al derrumbamiento de nuestra patria.

En medio de tantas guerras, el territorio español parecia intangible; hasta ese año no habia sido atacado por ninguna potencia. Richelieu, animado por lo bien que a los franceses se les presentaba la campaña, preparó el plan de agresión. El Conde Dique de Olivares, ministro de Felipe IV, dió poca importancia a esos preparativos porque no creyó que los Franceses se atrevieran a penetrar en territorio español, considerando inexpugnables las plazas de Fuenterrabia, San Sebastian, Pamplona, y las de Cataluña que cerraban los pasos del Pirineo.

Richelieu siguió adelante en sus planes y organizó tres ejércitos al mando del principe de Condé contra la frontera vasco navarra, que consideraba menos guardada por fortalezas que Cataluña, donde tanto abundaban. Uno se situó en Bayona y dos en San Juan de Pie de Puerto, amenazando a Pamplona.

Con el principe de Condé venian linajudos personajes: El Duque de Epernon, el Duque de Valette, el Conde de Scomberg, el Conde de Agramont, gobernador de la Baja Navarra y del Bearn, el Duque de Saint Simón, el Marqués de Forza, el Señor de Châtillon, el Señor de Longueville d'Artola, y otros muchos señores pertenecientes a la antigua nobleza de Francia, varios emparentados con los Borbones, con los Valois.

La Corte de Madrid, cuando supo que esos ejércitos se concentraban en los Bajos Pirineos, comprendió la gravedad de la situación y tomó sus medidas.

Veamos qué sucedia en NAVARRA. Y nada mejor que tomarlo de

fuentes bien auténticas. De la colección de cartas de jesuitas publicadas en el MEMORIAL HISTORICO-ESPAÑOL, cartas escritas en aquella fecha, es lo siguiente:

"(Mayo 1638). Llegó a Navarra el Marqués de los Velez por virrey, dicen que con interin. Voz corria que venian veinte mil franceses sobre Navarra, tiénese esto por fábula echada para divertir a la gente francesa que hay en el Reino, y sirve de sembrar estas y otras mentiras semejantes."

"(Junio de 1638). Estos dias ha habido tres correos de las fronteras de Navarra y Guipuzcoa, sacándonos de las dudas primeras y avisando de la llegada del Príncipe de Condé a Bayona con 7.000 que trajo consigo, que con 4.000 que habia en la frontera son 11.000, y que el resto del ejército con que ha de ganar a España venia marchando. Hoy parten para Pamplona el Marqués de Torrecuso y el de Mortara, con algunos capitanes viejos."

"(Julio 1638) El ruido de la revolución que hay en Navarra es tan grande, que me parece habrá llegado ya por ahí, y se dicen tantas novedades y mentiras, que estando aquí a la puerta no sabemos cosa cierta según ha sido el ruido. Lo cierto es que ayer tuve carta del proveedor del castillo de Pamplona, que es amigo, y me dice cómo dias antes del dia de San Juan pareció en tierra de Bayona, a la falda de los puertos de Navarra, un ejército de 30.000 infantes y 4.000 caballos, y por general y plenipotenciario el principe de Condé. Avisó el virrey, que lo es hoy el Marqués de los Velez, a todo el Reino, y en cuatro dias se pusieron en los puertos 3.000 hombres, y en Pamplona 6.000, con que se han fortificado, de manera que ya no temen a todo el poder de Francia; bien es verdad que si luego en asomando los franceses hubieran hecho algún acontecimiento, pusieran algún cuidado por la poca prevención que por acá habia".

"Pamplona ha reparado las murallas de la ciudad y castillo muy bien, y han acudido a la obra toda la gente seglar y eclesiástica y religiones; hasta los padres de la Compañia (de Jesús) andaban llevando faginas y espuestas de tierra con el mayor gusto del mundo, y hasta los niños, de suerte que en ocho dias se han puesto en defensa y han metido en el castillo treinta mil robos de trigo y todo bastimento para doce mil personas para ocho meses, y cada dia no hacen otro que llevar bastimentos".

"Está avisada toda la gente (que puede tomar) hasta tierra de Burgos esté prevenida como lo está alistada, por lo que pueda suceder, y toda la gente que puede tomar armas de Navarra está alistada por si fuere necesaria, y al presente no piden más gente de la que está en los puertos y Pamplona. Los prácticos dicen que ya no osará entrar en Navarra, pues no acometió luego."

"A todos los hidalgos han mandado alistarse para esta ocasión. Los vizcainos dan mil hombres, los guipuzcoanos ochocientos y seiscientos los alaveses."

No procedía con gran actividad el Conde Duque de Olivares para socorrer a Fuenterrabia. El 1 de Julio se habian visto las vanguardias francesas acercándose a la plaza; al mismo tiempo otras fuerzar hicieron una demostración armada sobre San Sebastian con propósito de asaltarla por sorpresa o rendirla por temor; su gobernador, don Juan Chacón, noticioso de la aproximación de los franceses, la habia puesto en estado de defensa. Condé nada intentó contra ella y tomó posiciones más cerca de la fontera, apoderándose de Pasajes, Lezo, Renteria y Oyarzun, que le servian de cuarteles para las tropas de descanso. Al mismo tiempo comenzó la construcción de reductos, trincheras y baterias contra Fuenterrabia.

Al rechazar Pérez Egea, su gobernador, la intimación de rendirse, comenzó un violento cañoneo contra la plaza, decidido a tomarla antes de que pudieran llegar los refuerzos que España preparaba.

Gracias al heroismo sin igual, al elevado espíritu de sacrificio, al acendrado patriotismo de los hijos de Fuenterrabia, Condé no logró su propósito. El 26 de Julio era dueño del foso, donde construyeron una caponera desde la cual practicaban un camino cubierto para acercarse a la escarpa, minarla y producir una voladura. Las crestas de las murallas estaban desportilladas, los baluartes de la Magdalena y Reina ( que daban a la parte del Jaizquibel donde Condé tenia sus atrincheramientos), ofrecian importantes brechas. Habian sido rechazados cinco ataques.... y las fuerzas del auxilio no parecian. En cambio los franceses recibieron cinco nuevas banderas.

Al fin se supo en la plaza que el Almirante de Castilla, Henriquez de Cabrera, con tropas castellanas y tercios vascongados, estaba en Hernani. Los franceses abandonaron Pasajes, Lezo, Renteria y Oyarzun, pegando fuego a sus viviendas.

Un furioso y horrendo asalto fué rechazado el 20 de Agosto y ya el 21 se vieron en lo alto del Jaizquibel las primeras tropas españolas.

Tambien las de Navarra se acercaban. Nos referimos exclusivamente a ellas.

El Márques de los Velez, después de haber cubierto los desfiladeros del Pirineo de Vera, Echalar, Urdax e Izpegui, guardado Pamplona y asegurado el gobierno de Navarra entre las potentes manos de don Martin de Redin, llevó al socorro de Fuenterrabia un cuerpo de cuatro mil quinientos soldados y además quinientos nobles voluntarios. Cuatro regimientos componian estas tropas.

Los coroneles que las mandaban eran: don Fausto de Lodosa, señor de Larrain y Sarriá; don Gazpar Enriquez de Lacarra, señor de Ablitas; don Felipe de Navarra, señor de Oriz y Lebrija; y don Juan de Donamaria, señor de Ayanz, dando el mando en jefe de esta división navarra con el titulo de Maestre de Campo General a don Francisco Caraciol, Marqués de Torrecusa. Como teniente de este general iba don Pedro de Saravia, Caballero de Santiago.

También formo el de los Velez cuatro estandartes (escuadrones) de caballeria, de los cuales uno se componia de cuarenta hijosdalgo, capitaneados por don Gerónimo de Ayabz, señor de Guendulain; a estos hidalgos se llamaban en Navarra "remisionados".

Otro era de corazas del Conde de Lerin, condestable de Navarra; en nombre del conde mandaba este escuadrón con titulo de gobernador, don Pedro Pacheco.

Don Francisco Lombana mandaba la caballeria del Marques de Pobar; don Francisco Ortiz, con titulo de teniente, la del Duque de Lerma.

Con estas fuerzas se dirigió el Marqués de los Velez hacia Guipúzcoa a reunirse con las del Almirante de Castilla para ir contra el ejército sitiador de Fuenterrabia.

Por el puerto de Belate pasó al Valle de Baztán, de donde se dirigió hacia las cinco villas (Yanci, Aranaz, Sumbilla, Vera y Lesaca). En cinco Villas comenzaron las precauciones por la cercanía de la frontera.

Difícil era el paso de Cinco Villas a Guipúzcoa, habia que atravesar la cordillera que enlaza el monte Mendaur con la peña de Aya, por caminos la mayor parte del año intransitables, atravesando barrancos torrentosos y temiendo hallarse al enemigo al desembocar en el valle de Oyarzun, cuyo pueblo habia sido incendiado por los franceses; el almirante prevenido de la proxima llegada del Marqués de los Vélez, habia avanzado con parte de sus tropas desde Hernani y San Sebastian al valle de Oyarzun, donde se hizo la conjunción de ambos ejércitos.

Al retirarse los franceses de los puntos que antes ocupaban (Lezo, Renteria, Pasajes y Oyarzun), iban incendiando, como hemos dicho, todas las viviendas para privar de alojamiento a los españoles. El humo de tantos incendios sirvió de aviso a los de Fuenterrabia de la inmediata llegada de socorros, notando tambien que catorce banderas francesas pasaban los vados para defender los pueblos franceses ante el temor de una incursión de los españoles que guardaban la frontera entre Vera e Irún.

Cuarenta y nueve dias llevaba sitiada Fuenterrabia; sus mura-llas aparecian desmontadas por la cresta y minadas por la base; el cañoneo francés seguia sin cesar con propósito de arrasar el baluarte de la Reina, en el que habia abierta una brecha practicable.

El Marqués de Torrecusa habia salido de su campamento para reconocer las posiciones avanzadas de los franceses, llevando en su escolta al capitán Pacheco con doce coraceros navarros, y habiéndose aproximado bastante a las trincheras, observó que habia una gran guardia delante de lae estacada. En el acto animó a sus ginetes, y metiendo espuelas al caballo se lanzó a escape contra el sorprendido enemigo, y lo arrolló en tal forma que huyó a la desbandada a refugiarse al otro lado de la estacada, causando gran alarma en los reales franceses.

Avergonzado el de Condé, mandó salir al día siguiente a omnsieur Dorsa con tres escuadrones de caballería y trescientos carabineros para emboscarlos a retaguardia de la fuerza montada.

Adelantóse veloz el primer escuadrón embistiendo el campamento de los navarros que cubría el camino de Irún, algo distante del ejército vasco-castellano. Trabada la refriega llegó el estruendo a la tienda del Marqués de los Velez, quien de acuerdo con el de Torrecusa mandó salir a la caballería navarra, a la que agregó el almirante doscientos mosqueteros guipuzcoanos, prácticos en aquellos parajes de donde eran naturales. No pudo reunirse toda la caballería navarra porque de madrugada habían marchado al forraje, logrando tan sólo cincuenta caballos, los más de ellos del estandarte de Ayanz, que aquel día daba la guardia del principal, y por cuya circunstancia tenía el derecho de ser el primero que entrase en acción. Ayanz recogió a toda prisa sus cincuenta caballos, y sin detenerse a contar el número de sus enemigos salió a la carrera, cargando gallardamente sobre los escuadrones de Dorsa, quien, cauteloso, fué batiéndose en retirada para meter a Ayanz en la celada preparada. Ayanz no se dejó engañar y no pasó, en la persecución, de un terreno despejado donde los escuadrones franceses esperaron a los españoles. Estos formaron línea con los arcabuceros guipuzcoanos, y unos y otros rompieron el fuego.

Un hecho caballeroso ocurrió en esta acción. En la refriega se hallaron frente a frente los dos capitanes Dorsa y Ayanz, y descargadas sus pistolas, se lanzaron uno sobre otro espada en mano, con gran coraje, para comatir cuerpo a cuerpo a presencia de los demás combatientes.

Ayanz era anciano; Dorsa joven y vigoroso, pero no reparó Ayanz en esa diferencia para luchar cuerpo a cuerpo. El francés confiando en su vigor, sujetó a Ayanz por la solapa, tirando de él para llevarlo prisionero. Ayanz agarró al francés por los cabellos, que los tenía muy largos, quedando así abrazados en violento forcejeo.

Sentiase Ayanz cansado a causa de sus muchos años y comprendió que a brazo partido acabaría por triunfar la juventud de Dorsa, Con un esfuerzo logró sacar del arzón una de las pistolas, descargada, y asestó a su contrario dos golpes en la frente con tal violencia, que le hizo perder el sentido y caer del caballo al suelo.

El teniente del francés acudió presuroso espada en mano y tiró una cuchillada a Ayanz, quien pudo desviar el arma con su pistola, aún cuando salió ligeramente herido en la cabeza.

Pacheco, a pesar de estar herido de un balazo, acudió en defensa de Ayanz y de un sablazo rompió la espada al francés, quien viéndose desarmado se rindió; fué conducido con Dorsa, prisionero, al campo español. Ayanz volvió al lado de los suyos y puso fácilmente en derrota a los franceses, desmoralizados al ver vencidos a sus jefes.

Cincuenta días duraba el sitio. En Fuenterrabia no quedaba ni una casa ilesa; las comprendidas entre el baluarte de la Reina

y Magdalena y el castillo-palacio, estaban inhabitables, algunas arrasadas hasta los cimientos; y, sin embargo, no cejaba el heroísmo de los defensores, que habían logrado recibir algunos refuerzos que entraron a fuerza de astucia y de desprecio a la vida. Entre los refuerzos entraron los capitanes Reaumont y Esain con algunos navarros de sus incompletas compañías.

Un hecho desgraciado llenó de pesar a todos los españoles de Fuenterrabia y del ejército de socorro. El 21 de Agosto se había oído violentísimo cañoneo por la parte del mar, y al siguiente se supo que el arzobispo de Burdeos, que mandaba la escuadra francesa, había derrotado en el puerto de Guetaria a la española del almirante Hoces, echándole a fondo once de sus doce navios, que perdieron cuatro mil hombres que debían ir a Fuenterrabia.

El 3 de Septiembre una horrorosa tempestad puso en dispersión a las tropas españolas del Jaizquibel, costando mucho trabajo a sus jefes el reorganizarlas. Este contratiempo lo aprovechó Condé para intimar la rendición, que también fué rechazada.

El 4 voló una mina en el baluarte de la Reina; después de un violento cañoneo para ensanchar la brecha, varias compañías francesas salieron de las paralelas y se lanzaron al asalto. Era el cuarto.

Guarnecían aquel baluarte los navarros de Beaumont y de Esain, que hacían terrible fuego sobre los asaltantes, pronto el declive de la brecha se llenó de muertos y heridos.

El capitán Esain, defensor de la brecha desde que comenzó el primer asalto, había recibido ya tres balazos de mosquete y no consentía el retirarse de su puesto, desoyendo el mandato de los jefes y los ruegos de sus soldados. En uno de los momentos en que con el borde del escudo se limpiaba la sangre que le cubría el rostro, cayendo abundante de ancha herida que le partía la frente, llegó otra bala, y atravesándole el escudo y la cota, le dejó muerto; otras cien balas pegando a su lado cubrieron su cuerpo de tierra, quedando fuera la cabeza.

También su alférez, Domingo Valerdi, halló la muerte en aquel baluarte. Acongojado porque Esain le había dicho que le encontraba algo tibio, cerró al instante contra los franceses, les hizo retroceder él solo derribando un hombre a cada chuchillada, hasta que le mataron a balazos, quedando su cadáver confundido con los del enemigo. Murieron asimismo aquel día los capitanes don Francisco Heredia y don Gerónimo Xibasa.

En capellán de la compañía de Esain don Alfonso Mendiguren hizo prodigios de valor asistiendo a los moribundos y defendiéndolos cuando los enemigos les acometían.

El quinto asalto fué rechazado con un barril de pólvora con mecha encendida, que los defensores echaron a rodar por la brecha. Al estallar produjo grandes bajas en los asaltantes.

El 6 de Septiembre el sexto asalto, marchando en las prime-

ras filas para dar nombre ejemplo hombres de alta prez y distinguido rango, a juzgar por el lujo de sus armas y vestidos y lo gallardamente que se batian. Sacrificio inútil.

Tambien el séptimo asalto fué cuidadosamente preparado. Rechazado el vigoroso ataque, no fué posible celebrar tan señalada victoria por las sensibles bajas sufridas, la principal el capitán navarro don Juan de Beaumont. Este valerosísimo capitán que defendió la brecha desde el primer momento con una bizarría sin ejemplo, fué hecho pedazos, al terminarse el combate, por una bala de gruesa artillería. El gobernador, tan afligido como todos, dió el mando de la compañía a su hermano don Luis de Beaumont, que era alférez de ella y se habia portado valerosamente.

Habia llegado el 7 de Septiembre. El almirante y el Marqués de los Velez, convencidos de que Fuenterrabia no podia resistir más por falta de elementos, decidieron dar la batalla acometiendo a los franceses. Muy de mañana se movieron de su campo de Oyarzun con dirección al Jaizquibel.

Con arreglo al plan. el Marqués de Mortara atacaria las trincheras francesas de las estribaciones de aquel monte, mientras el de Torrecusa lo haria contra las del alto de Guadalupe.

Tambien los franceses habian designado aquel dia para dar el asalto definitivo, y muy de mañana comenzó el movimiento general.

Torrecusa con dos mil hombres, de ellos seiscientos navarros del tercio de don Fausto de Lodosa, que llevaban por capitanes a don Francisco Garro hermano del Conde de Xavier, don Diego de Sancristobal, don José del Bayo, don José de Reta, don José de Muruzabal, don Bartolomé Balgorri, don Juan de Amézaga Lecéa y don Blas Rodríguez, en combinación con las otras fuerzas mandadas por caudillos castellanos y por el guipuzcoano coronel Isasi, se dirigió con verdadero entusiasmo hacia el enemigo.

Como reserva, para acudir a los puntos de peligro, marchaban el almirante y el de los Vélez. En este cuerpo quedaban los tercios de Navarra de los coroneles don Gaspar Enriquez de Lacarra, don José Donamaria y don Felipe de Navarra con lo restante de la caballería del mismo Reino, en número de cinco mil quinientos hombres.

El movimiento de las tropas españolas fué percibido por los inmortales defensores de Fuenterrabia, que cobraron grandes ánimos y se dispusieron a luchar, a su vez, como sabian hacerlo.

La marcha de Torrecusa fué difícil por lo accidentado del terreno y estrechura del camino. En la colocación de puestos para el combate hubo honrosa emulación. Considerando más peligroso, y por consiguiente de más honor, el primer puesto del flanco derecho de la columna, por más amenazado del enemigo, se disputaron con energía y noble pundonor dos caballeros "tan grandes en los pensamientos como en poder tenerlo". Eran don Beltrán de Ezpeleta, Vizconde de Valderro, diputado del Reino de Navarra, y don Miguel de Iturbide, Caballero del Hábito de Santiago; alegaba el primero haber sido maestro de campo y el segundo coronel de caballería.

Al fin cedió Ezpeleta, por el bien común, ante la consideración de que "el puesto más honroso en campaña es el que cada uno defiende con más valor."

El maestro de campo Saravia dijo al Marqués de Torrecusa al avanzar hacia el enemigo: "que anhelaba toda la gloria de aquel día para su tercio de navarros, los cuales ya renegaban en vasculencia de que les tuvieran tanto tiempo parados". Es de notar que en ese tercio había muchos nobles de Navarra que rehusaron cortesmente formar parte del séquito del virrey, prefiriendo compartir los sufrimientos y peligros del soldado.

Torrecusa, aprovechando el viril ardor de esta gente, dispuso que el tercio de navarros con tres compañías más embistiese a toque de tambor el reducto francés de la izquierda de los españoles.

Iba capitaneando las primeras filas del tercio y al frente de la compañía de los de San/güesa, don Francisco Garro, mozo de grandes esperanzas, y tan celoso de ser el primero que avanzase, que habiéndole adelantado un soldado de su estandarte que tenía gran fama de valiente, le cogió del cuello en medio de un diluvio de balas y lo metió en supuesto diciéndole:

"El capitán no se porta bien si no va delante para dar ejemplo, y el soldado, como siga, cumple bastante con su obligación".

Herido Garro en aquel momento y cubierto con su sangre y la de su escudero, a quien quitó la cabeza una bala de cañon, saltó sin embargo al foso enemigo, y aunque por dos veces le tiraron rodando al intentar trepar al parapeto - y fué milagro que no le mataran - logró escalar el primero el reducto y desembarazó el paso a cuchilladas para que subiesen sus soldados.

En el reducto se entabló reñidísima lucha. Acudió la caballería francesa en defensa de los suyos. Apurada se veía nuestra infantería acometida por los ginetes, cuando muy a tiempo llegaron veinte piqueros navarros de los voluntarios de la nobleza. Los piqueros pudieron acometer a la caballería (no se había inventado la bayoneta y el infante al disparar tenía en su fusil un pesado garrote). La mosquetería se rehizo detrás de las picas haciendo huir al enemigo, aunque los nuestros habían recibido gran daño.

Don Francisco de Eguia, Caballero de Hábito de Santiago, tenía tres heridas en la cara; don Lorenzo Perez, don Juan de Egües, don Juan de Valanza, señor de Olleta, estaban heridos en el costado y don José de Vidaurreta, después que quebró la pica sobre un francés que le hizo frente, atropellado por el caballo cayó de cabeza en un barranco inmediato.

Torrecusa, deseoso de un avance decisivo, se puso al frente de las tropas (habían acudido refuerzos) y atacó con impetu extraordinario. Los franceses empezaron a cejar y ceder el terreno poco a poco, al propio tiempo que los mosqueteros españoles marchaban aceleradamente para cortarles retirada con sus fuegos. Esta maniobra fué decisiva; los franceses se pusieron decididamente en huida queriendo refugiarse en el grueso de su fuerza, excepto un grupo, que parece pertenecía a la guardia de Condé, que prefirió morir defendiéndose.

Con las tropas castellanas acompañaba al almirante lo más lucido de la nobleza española; el Duque de Alburquerque, el Conde de Sástago, el Marqués de Fromista, el de Espinal, el de San Damián y muchos hidalgos llenos de noble emulación. Todos combatieron aquel glorioso día, logrando una victoria que quizás fuera la salvación de España.

El Principe de Condé, viendo el desorden de sus tropas, acudió presuroso a la playa, y embarcando en una lancha con algunos nobles franceses, pasó a Hendaya y se refugió en San Juan de Luz.

Sus tropas pasaron como pudieron el rio Bidasoa, en el mayor desconcierto. Los muertos en los tercios navarros fueron cuarenta y sesenta los heridos. Entre estos fueron la mayor parte del tercio navarro de don Fausto de Lodosa, mereciendo particular alabanza don Juan de Mutiloa, diputado del Reino. don Juan de Dicastillo, don Juan de Angulo, Caballero de Hábito de Santiago, don Lorenzo Samaniego, don Fermin de Arburu, todos de la compañía de piqueros y don Ignacio de Baquedano, quien tomó el primer reducto y volvió al instante los cañones contra el enemigo. No tuvieron muchas más bajas las tropas vasco-castellanas.

En cambio la retirada fué funesta a los franceses mil quinientos muertos, dos mil ahogados y don mil prisioneros. En sus tiendas y reductor dejaron veinticinco grandes cañones, ochenta banderas, la tienda intacta de Condé con ricas alhajas y la correspondencia cruzada con Richelin.

!Gloria a Fuenterrabia y a sus salvadores!

EUFRASIO MUNARRIZ URTASUN

Por la transcripcion

FLORENTINO PORTU

Euskalerriaren alde - 1929